

Trato mal el trato: ¿cómo conseguir un buen trato en con-trato?

M^a Cristina PÉREZ-DÍAZ FLOR*
M^a Carmen ARIAS FERIA**

Resumen

Año tras año hemos visto, en nuestra experiencia de trabajo, la importancia de ayudar a prevenir el maltrato. A medida que nos separamos de psicopatología parental como causa del maltrato infantil vamos prestando atención a todos los contextos en que se mueve el niño maltratado.

¿Acaso las personas que se dan y dan un maltrato no se aman? Estamos convencidos de que el que maltrata se maltrata a sí mismo y que aplica con el otro las mismas o parecidas construcciones a las que hace consigo mismo. Cada cual construye su realidad como puede, ni si quiera como quiere.

Para los terapeutas de familia, por otra parte, basarse en una teoría sistémico-relacional supone entender el maltrato en interacción: 1) desde el propio proceso comunicacional, 2) como constructo social, 3) teniendo en cuenta las crisis familiares.

No nos importa tanto definir qué fue primero, como acabar con la dinámica de maltrato. Podemos construir con las familias fórmulas más felices y amables, de tal manera que consigan UN BUEN TRATO EN CON-TRATO.

Nuestro encuentro frente al maltrato

Todos, profesionales o no del tema, tenemos presentes determinados ejemplos de personas "maltra-

Abstract

I MISTREAT/ILL-TREAT THE TREATMENT: HOW TO MANAGE GOOD TREATMENT BY CONTRACT.

Year after year we have seen, through our working experience, the importance of helping to prevent abuses. The further we move away from parental psychopathologies as a cause of child abuse, the more attention we give to the context within which the abused child develops.

Do people who ill-treat themselves and other people not love? We think that the person ill-treats others does it to himself and that he just gives other people similar treatment to what he uses with himself. Everyone builds up his own reality as he can, not even as he wishes.

That family therapists, on the other hand, base themselves on a systemic-relational theory entails understanding abuse as interaction 1) from the communication process itself, 2) as social construction and 3) taking into account family crises.

We do not wish so much to define what happened first as to finish with abuse dynamics. We can build happier and nicer formulas with the families, in such a way that they can have GOOD TREATMENT BY CONTRACT.

tadas" y "maltratadoras". Frente a ellos, nuestro corazón parece no poder permanecer neutral; según la ocasión, se inunda de rabia, tristeza e incluso de incredulidad. Justamente, en este punto, reconocemos la propia

* Psicóloga Clínica y Terapeuta de Familia. Profesora Titular de la EUTS de la UCM.

** Psicóloga Clínica y Terapeuta de Familia.

dificultad y la de muchos miembros de la gran red social que formamos: ¿qué hacer con eso que sentimos, en beneficio de “inocentes” y, también, de “culpables”? Complicada cuestión a resolver.

Estamos convencidos de que aquel que mal-trata, es seguro que se mal-trata a sí mismo; y que cada cual hace, con las otras personas, construcciones parecidas a las que hace consigo. Para entenderlo, tratemos de “ponernos en el lugar del otro”, con el objeto de comprender qué puede sentir y pensar, qué le lleva a actuar así. Se nos ocurre lo siguiente: me acerco a ti, descuidando el trato (maltrato) y no consigo un buen con-trato contigo; es lo único que hasta ahora puedo y sé hacer, también conmigo. Más aún, creemos que la persona “busca” aquellos “otros” que amplifican la visión del mundo que interiorizó: te odio porque me mal-tratas, pero mis conductas provocan, como consecuencia, tu mal-trato. Pero prefiero saber que me reconoces, que me prestas atención desde allí, a saber que me ignoras.

Hace algún tiempo, en un encuentro de trabajo cuyo tema era la individuación y la pertenencia, una compañera que trabajaba en un centro de acogida de menores mal-tratados comentó, conmovida, cómo uno de los chavales del centro esperaba ansioso la llegada del domingo, pues era el día en que veía a su padre. Nosotros nos preguntamos: ¿es que acaso las personas que se dan y dan un mal-trato no aman?

Maturana (1995), desde la biología del amor, habla de éste como la

emoción que funda lo social y resalta la importancia del reconocimiento de uno mismo y del otro para ser felices. Quizás podríamos plantearnos que estas personas también aman y lo hacen como pueden, aunque potencien más, sin conocerlo, sus tendencias destructivas, frente a las que generan vida y salud. En múltiples ocasiones nuestras palabras y acciones nos entrapan, nos mal-tratan; el uso que hacemos de ellas puede producirnos infelicidad. Pero los errores del pasado pueden cambiarse: podemos construir, también con estas familias en las que existen conductas de maltrato, una forma alternativa más feliz, más amable con ellos mismos. Rojas Marcos (1996) expresa esta idea sabiamente: “Junto a la libertad de elegir está implícito el derecho de cambiar de parecer”.

No negamos que existe un problema, pero sabemos que éste debe ser tratado desde una perspectiva más amplia. Entendemos que el comportamiento de cada miembro de un grupo social está relacionado, directa o indirectamente, con el de los otros y es influido retroactivamente por los mismos: toda acción puede entenderse, al mismo tiempo, como una reacción y ser muy difícil definir quién ha comenzado. En la interacción sujeto-entorno toma sentido el concepto de red social como apoyo o sustento, como continente que facilita a sus miembros la superación de las crisis que puedan aparecer. “Nosotros, como red social que somos, tenemos la obligación de encontrar las fuerzas curativas existentes en la trama social

de las personas" (Pérez C. y Arias C. 1996). ¿Por qué decimos esto? Ocurre que el conjunto de personas que comparten una determinada historia problemática o sintomática, no es exclusivamente la familia, sino otros muchos sistemas sociales. La teoría de las redes sociales habla de que el grupo social construye narrativas para describir la realidad en la que se halla inmerso. Sluzki comenta que dichas historias se encuentran en el dominio interpersonal, porque se han validado desde el acuerdo o consenso.

En este artículo, desde la óptica sistémica que adoptamos, vamos a considerar el maltrato infantil como un problema universal y de una complejidad tal, que requiere el esfuerzo de distintos profesionales de las ciencias sociales y médicas, para cubrir aquellas necesidades básicas que suelen originarlo. Pero, a pesar de ese empleo de energía, pensamos que el resultado de una relación humana es difícil de predecir, tanto más, en aquellas en las que los afectos son importantes. Así lo expresa Arlen Skolnick (1991) en su libro "El Paraíso amurallado": *"La complejidad de nuestra vida interior es consecuencia de las múltiples opciones y posibilidades a nuestro alcance. Las vivencias que tratamos de entender no son simples emociones sino mezclas oscuras e intrincadas de sentimientos y deseos: Las emociones simples y claras desaparecieron cuando desaparecieron las costumbres y normas sociales que solían guiar nuestra vida anterior"*.

A nuestro entender, una persona rota en un mal-trato es como un arcón

repleto de trastos viejos, que se han ido acumulando durante años, colmado de tesoros y de despojos... ¡Fijémonos en esos recursos!, aunque, ¡claro está!, sea necesario sacar, previamente, la ropa sucia de los cajones, para poder airearla y lavarla después.

Construcciones que nos permiten el mal-trato

"Con frecuencia se quejan de soledad personas que empezaron por rodear su alma de alambre espinado" (Martín Descalzo, J.L. 1995)

El hombre hace construcciones con su vida, convirtiendo la realidad objetiva en una realidad subjetiva. Pierde importancia, así, la conducta realizada y pasa a tenerla la denominación de dicha conducta.

Nadie puede dar lo que no tiene

Normalmente, en terapia, planteamos a las familias una adivinanza muy sencilla, a nuestro entender, gráfica y útil. Solemos mostrarles un objeto que llevemos puesto y después de decirles que nos gustaría dárselo y a ellos recibirlo, añadimos: "sin embargo, si este objeto no cumple una condición, no podemos donárselo, ¿cuál es?". Nos encontramos con múltiples respuestas, tales como: que me lo quieras dar, que yo lo quiera recibir, que me guste, etc. Curiosamente, una contestación como "que sea tuyo" no es frecuente que se produzca.

En relación a esta idea —uno no puede dar lo que no tiene—, recor-

damos el caso de una mujer, cuya infancia resultó muy complicada. En una sesión de grupo comentaba que entendía que había dos formas de educar a los hijos: una, con amor, y otra, con temor; que podía comprender cómo su padre nunca se había sentido querido por nadie y no había podido ni sabía amar; así que lo educó con temor.

¿Quién nos ha enseñado a ser padres?, ¿cómo se hace eso?... Pensamos que los padres hacen en cada momento lo que pueden, y que si supiesen hacer algo distinto o mejor, lo harían. Algunos han confesado, en terapia, sentimientos del tipo: "Estábamos confusos, enfadados, no sabíamos distinguir la diferencia entre disciplina y malos tratos". Se encontraban ante esta disyuntiva: por una parte, la seguridad de lo conocido y el miedo al cambio; por otra, el deseo de no repetir con sus hijos las historias vividas en su infancia, lo que les llevaba a adoptar modelos radicalmente opuestos.

En nuestro quehacer cotidiano con familias observamos, en general, dos situaciones: o bien, las historias se repiten; o bien los padres no saben qué hacer para actuar diferente. El hombre de la nueva generación se encuentra en la encrucijada siguiente: De un lado, su sentimiento de no aceptar experiencias familiares que no sean suyas; es un derecho y quiere ejercitarlo. De otro lado, descubre las "formas" de vivir de su familia, las concepciones familiares más tradicionales, sus legados, que ponen límites a su actuación (Pérez, C., 1994).

Buscando culpables, no me hago responsable de mi vida: el dominio y la sumisión, la separación y el aislamiento

"Tú tienes la culpa, nunca harás nada que merezca la pena, eres tonto, me tienes hartado, siempre lo haces mal, no puedes hacer nada bien hecho, no sabes mirar, eres un pato", etc. Frases como éstas transmiten rechazo y hacen daño; reconocen al otro desde lo negativo, llegan a lo máspreciado de la persona: a su valor, a su autoestima.

El niño, desde que nace, está pendiente de las personas mayores, sus modelos; y nosotros, en cada una de nuestras acciones, en cada una de nuestras palabras, le estamos diciendo quién es. Si yo no me quiero, si tengo interiorizado que no merezco la pena, si me faltó al respeto, seguramente se lo faltará al otro y es posible que, en muchas ocasiones, invada su espacio para exigirle que me tenga en cuenta, que me dé él ese espacio y respeto que yo no me puedo dar.

Juan, en primera sesión de consulta, nos comenta que no puede seguir manteniendo una relación con su hijo adolescente, ya que éste le falta totalmente al respeto. Al preguntarle al hijo, a qué cosas se refería su padre cuando decía aquello, contestó: "Siempre que mi padre tiene bronca con mi madre, lo paga conmigo. Por ejemplo, el otro día, se cabreó con ella por el coche y después vino a mi cuarto, enfurecido, exigiéndome que colocase mi ropa, ya. Yo le dije que ahora iba y él me dijo que ahora

mismo y, entonces, empezó el jaleo"... En posteriores sesiones vimos —y trabajamos—, la importancia que, para Juan, tenía el haberse sentido sometido y no querido por sus progenitores; narrativa que aún hoy hacía que se maltratase, desplazando en su hijo una relación no resuelta con sus padres... Ciertamente, el respeto por uno mismo se pierde cuando uno empieza a creer que los demás le "faltan".

Todo proceso de mal-trato engendra profundos sentimientos de fracaso y culpabilidad, pero también de odio. Puede llevar incluso a una separación, o —como Bowen llama— "cut off" (corte emocional). Toda ruptura lleva implícita una profunda desilusión y una enorme decepción. Quienes se encuentran engañados en su sentimiento se sienten humillados y estafados por el mundo y por la vida. Según Erich Fromm, el aislamiento y la separación de los demás es fuente de angustia en los seres humanos; pues al sentirnos apartados, nos encontramos también incomunicados, indefensos, incapaces de entender nuestro mundo y el mundo que nos rodea.

El drama del hombre empieza cuando no se permite esa angustia y utiliza, en procesos psicológicos inconscientes, mecanismos de defensa para hacerla desaparecer. Éstos se cobran factura en el propio individuo: le van separando poco a poco de él. ¿Quién es, pues, el hombre para él mismo, si apenas ya se conoce?... Consiguió su armadura, pero no logró vivir su vida, su verdad, su yo. Y, ¿entonces?... Nos explicaremos: el peor

mal-trato es no darse cuenta de que uno se trata mal. ¿Cómo corregir lo que decidí que era bueno para mí? Nos encontramos con la paradoja del hombre, que tiene que ver con la paradoja de la vida: sí, pero no; no, pero sí. Al final, es lo mismo: mi vida no es mi vida porque yo no soy yo.

La competitividad versus la participación: el +11 y el -1

El hombre que se acepta en su mediocridad, con sus aciertos y fallos, no entra en competición ni siente la necesidad de luchar con el otro para demostrar su valía; sin embargo, sí existe esa necesidad en el hombre que ha sido educado entre estos dos polos: la sobrevaloración y la infravaloración. Son personas con un estilo de funcionamiento que denominamos "+11 y -1". Validan su estima comparándose con el extremo superior, el +11, "el todo": "soy más, soy el mejor, puedo conseguirlo todo, no me puedo equivocar", etc. Pero, ¡ay!, cuando comprueban que estos constructos no se cumplen, se posicionan bajándose al -1, "la nada": "no merezco la pena, no valgo nada, nadie me quiere, me toman el pelo, se ríen de mí", etc. Pero suelen regresar al +11, con pensamientos, tales como: "es que no me han querido nunca, yo no me merezco esto, jamás me reconocieron con lo que yo valgo, yo no tengo la culpa de que el otro sea injusto, no soy yo el que lo hice mal (soy perfecto), a mí no me lo dijeron", etc.

Maturana (1995) comenta que la conducta social y la diferenciación se

consiguen, no desde esa comparación con otros o competitividad, sino desde la participación y cooperación; desde la aceptación y reconocimiento mutuos, dejando ser al otro, en su legitimidad, en convivencia con uno.

Ya en muchas ocasiones hemos hecho nuestras las palabras de un fabuloso escritor, A. de Mello, para tratar esta tema. Volvamos aquí a recordarlas:

“El Maestro deploraba los males que acarreaba la competitividad.

— *¿Acaso el competir no hace aflorar lo mejor que hay en nosotros?, le preguntaron*

— *Todo lo contrario: hace aflorar lo peor, porque te enseña a odiar*

— *¿Odiar... qué?*

— *Odiarte a ti mismo, por permitir que tu actividad venga determinada por tu competidor, no por tus propias necesidades y limitaciones y odiar a los demás, porque lo que buscas es triunfar a su costa*

— *¡Pero eso suena a una especie de réquiem por el cambio y el progreso!, protestó alguien*

— *El único progreso que hay, dijo el Maestro, es el progreso del amor, y el único cambio digno de producirse es el cambio del corazón”* (“Un minuto para el absurdo”, 1991).

El maltrato en interacción

... “Iba a celebrarse una gran fiesta en el pueblo, y cada uno de los habitantes tenía que contribuir vertiendo una botella de vino en un gigantesco barril. Cuando llegó la hora de co-

menzar el banquete y se abrió la espita del barril lo que salió de éste fue agua. Y es que uno de los habitantes del pueblo había pensado: si echo una botella de agua en ese enorme barril, nadie lo advertirá. Lo que no pensó es que a todos pudiera ocurrírseles la misma idea” (De Mello, 1988).

El maltrato como constructo social

En nuestra experiencia de trabajo hemos visto, año tras año, la importancia de ayudar a prevenir el maltrato. A medida que los modelos etiológicos se van distanciando de la psicopatología parental como causa del maltrato infantil hemos conseguido —a la hora de intervenir— prestar mayor atención al nivel de prevención comunitaria y fijarnos en todos los contextos en los que se mueve el niño maltratado. Por ello nos preguntamos sobre los programas que existen hoy en España y, consecuentemente, la posible predicción de los malos tratos graves; así como sobre los recursos que se están empleando y el conocimiento de las dimensiones del problema. Además nos cuestionamos si el verdadero problema que aparece en el maltrato no es un maltrato social; nos preocupa el tipo de sociedad que estamos validando.

La primera tarea será debatir, de manera interdisciplinar, las siguientes cuestiones: ¿Qué y quién ocasiona el maltrato?, ¿cuáles son las teorías que lo explican?, ¿se aproximan a un modelo circular o siguen aún el modelo causa-efecto?, ¿nos preocupamos más en apoyar una teoría social

donde prevalezca el amor y la participación, en vez de la competitividad y el abandono de uno mismo?

A continuación vamos a rastrear algunas investigaciones —recogidas entre la amplia literatura existente sobre el tema— que pueden darnos luz acerca de los interrogantes expuestos anteriormente.

En 1979, en EEUU, Gill y Nobel obtuvieron de una encuesta realizada a una muestra de adultos, escogidos al azar, los siguientes resultados: el 58% pensaba que cualquiera podía maltratar a un niño, el 22% que ellos mismos podían llegar a hacerlo, el 3% decían conocer algún caso de niños con daños físicos y el 0,4% admitían haber maltratado a niños personalmente. Por otra parte, Steele y Pollock (1968) encuentran que los malos tratos no son el resultado de una psicopatología parental homogénea, sino que se derivan de la incapacidad de los padres para entender a los niños, debido a las prácticas inadecuadas de sus propios progenitores. Esta investigación resalta la importancia de las experiencias infantiles como punto de partida para la explicación de los orígenes de la conducta adulta trastornada. En esta línea de pensamiento, puede entenderse que el maltrato, en una familia, supone haber tenido una infancia alterada, marcada por la deprivación afectiva, por una baja tolerancia al dolor o frustración y por unas dependencias marcadas. Lynch y Roberls (1978) subrayan, además, que una infancia complicada origina poca tolerancia al estrés, lo que ocasiona en los padres dificultad para resolver

problemas. A todo lo anterior habrá que añadir, también, el hecho de que hoy los contextos actuales y familiares se tienen que enfrentar a una serie de demandas que parecen no poder cubrir, y que se convierten en problemas “acumulados”. Cyril Greenland (1987) habla de que la violencia potencial está inscrita en la situación, más que implantada en el seno del individuo. De este modo, el aislamiento social, un embarazo no deseado, un bebé muy llorón, la falta de medios económicos, el paro, una vivienda inadecuada, la mala salud, la pérdida de límites y valores, etc, pueden preparar situaciones conflictivas y peligrosas.

No hay duda que biografías de padres y presiones sociales aumentan el potencial del maltrato, pero no tenemos que olvidarnos de esa otra parte, también potencial, del buen trato o los recursos. ¿Es que acaso está surgiendo una falta de confianza profesional, que nos lleva a no creer en el hombre y en la posibilidad de utilizar sus recursos y trabajar con sus logros? La frase terapéutica, “ustedes van a poder ser felices”, se sustituye por la de “este es un caso perdido”, que aparece como preocupación colectiva. Las fuerzas sociales se vuelcan más en crear programas de control, para detectar e impedir el maltrato al menor, que por validar contextos sociales donde se asegure una vida más digna el hombre. Nos entrapamos, reconociendo desde lo negativo, desde lo que no existe, desde lo que falta, desde lo que no hay, cuando lo más saludable y eficaz es reconocer lo que existe: los conflictos y los recursos.

Quizá los trabajadores sociales tengan hoy el deber de centrarse más en dichas áreas preventivas, donde la preocupación sea ayudar a construir familias más amables y, no tanto, en el tratamiento unilateral por la defensa del niño. ¿Qué defensa puede existir para éste si le quitamos aquéllos que, teóricamente, tendrían que defenderle? En el famoso informe Cleveland (1988) parece que la preocupación fundamental, referente al maltrato, fue la crítica a las prácticas con familias, en las que las pruebas de malos tratos no parecían muy concluyentes; llegando incluso a pensar que se pudo apartar a los niños de forma inadecuada. Se criticó, no sólo la intervención del trabajador social, sino también las técnicas diagnósticas e intervenciones de los pediatras que participaron. Debemos aprender de los ejemplos del pasado: ¿Estando los profesionales de la salud todavía atrapados en una dialéctica con nosotros mismos que sostiene un pensamiento lineal, culpables-víctimas? ¿Surge esa dialéctica del conflicto que plantean dos premisas fundamentales, a considerar en nuestra actuación: por un lado, el respeto a la privacidad de la familia, el respeto de los padres y, por otro, la necesidad de asegurarse que ningún menor sufre daños graves debido a la conducta de esos mismos padres o responsables?

Para los terapeutas de familia, que nos basamos en una teoría sistémico-relacional, evaluar la peligrosidad relativa de las familias supone ver la violencia hacia los niños como

una violencia principalmente social y familiar. Los malos tratos graves implican, invariablemente, una relación entre el perpetrador, la víctima y el/la compañero/a, que adopta el rol de incapacidad para proteger al niño. La prevención debe basarse en un servicio universal que apoye a quienes están criando a sus hijos. Las necesidades de protección del menor se tendrían que convertir en necesidades de protección del mayor, ya que es la interacción en contexto la que agrava las problemáticas del maltrato. Andolfi, en 1985, afirmaba que "la familia ha logrado un monopolio sobre las emociones, la crianza de los hijos y la ocupación del tiempo libre. Esta tendencia a monopolizar a sus miembros es la manera en que la familia enfrenta la declinación del sector público". Parece ser que sólo lo emocional puede desarrollarse con confianza en la familia pero, como ésta evidencia la irresponsabilidad y fragilidad de hoy, cualquier problema de la política de la comunidad produce una repercusión en la familia.

Así pues, cuando llegan a consulta parejas o familias con fuertes conflictos en la comunicación, si bien es verdad que es prioritario fijarnos en las relaciones y conductas que se crean dentro del sistema familiar, no podemos olvidarnos de los complejos procesos que se producen en la interacción entre otros sistemas intervinientes: 1) los miembros de esa familia con sus familias de origen; 2) la familia y los profesionales; 3) los propios profesionales entre sí... Nos situamos en una compleja red social.

Crisis y maltrato en la dinámica familiar

La relación del sistema familiar con sus miembros y con la sociedad surge de la trama interaccional común —caracterizada por un conjunto de reglas susceptibles de evolución en el tiempo— en la que la familia no puede mantener indefinidamente el mismo equilibrio, bajo pena de convertirse en patógena y de no cumplir ninguno de sus propósitos o funciones principales (protección psicosocial y satisfacción de las necesidades de sus miembros; acomodación y transmisión de una cultura).

Convertirse en persona autónoma no significa romper los lazos con la familia, pues la individuación sólo es posible desde la pertenencia. Bowen, en 1991, habla de que la diferenciación se relaciona con el grado en que una persona se va desapegando emocionalmente de los padres. Además, cuanto más alta es la indiferenciación y más fuerte es ese apego emocional no resuelto, mayor es la distancia emocional que pone la persona y más intensos son los mecanismos destinados a controlarla. Bowen afirma también que las personas que cortan los lazos con la familia de origen tratan, con todas sus fuerzas, de crearse familias “sustitutas” entre las relaciones sociales y que, cuando éstas adquieren carácter significativo, se convierten en duplicados de las relaciones con la familia de origen; cuando la persona se encuentra en estado de estrés y su ansiedad aumenta, corta también los lazos.

Ejemplos que cumplen lo anteriormente expuesto son aquellas familias —y sus miembros— que presentan un cuadro de maltrato. Podemos encontrarnos con situaciones extremas: o familias muy aglutinadas en torno al desorden, o familias disueltas o dispersas. Para demostrarlo, tendremos en cuenta, entre otros, el trabajo de Cirillo y Di Blasio (1991).

Dichos autores hablan de tres factores en la aparición del maltrato: 1) factores de orden individual; 2) factores socioculturales; 3) factores relacionados con el nivel familiar. Puesto que los dos primeros han sido comentados ya (en apartados precedentes), nos extenderemos algo más en el último de ellos: la dinámica familiar.

Cuando en un sistema familiar aparece una tensión, una fuerza distinta vivida como distorsión, estamos hablando de crisis o, según Webster, “estado de cosas en el que es eminente un cambio decisivo en un sentido o en otro”. En chino, los vocablos de “crisis” significan peligro y oportunidad; oportunidad peligrosa que tendremos que aprovechar para que, al resolverla, el cambio permita algo nuevo y mejor.

En las crisis se reviven los conflictos no resueltos y la tensión crece en el sistema. Al querer eliminarla podrían, o bien querer disolver la familia (divorcio, internación de uno de sus miembros, búsqueda de familias sustitutas, expulsión de un componente, etc); o bien, podría aparecer un maltrato en el denominado paciente identificado (aislarle, castigarle, culpabilizarle, etc.). Hablamos de maltrato

dentro de la familia cuando las fuerzas de la misma, en movimientos internos (centrípetos), no pueden permitir el esfuerzo de ninguno de sus miembros que produzca un cambio sino, más bien, evitan que éste se produzca.

En la mayoría de los casos que venimos atendiendo en la consulta observamos cómo las tensiones se desplazan (evitando el cambio) en una serie de alianzas y rechazos, siendo la relación triangular la base del sistema emocional de dichas familias. Normalmente se detecta un conflicto conyugal claro, así como la militancia de los hijos en uno de los bandos o partidos rivales. Aunque las estrategias de "guerra" son diferentes según las familias, podríamos destacar como más habituales las siguientes:

1) Familias en las que el conflicto de pareja es violento y manifiesto, entrando los hijos en enfrentamiento directo con el progenitor maltratador para defender al que es maltratado.

Estas crisis ponen en peligro el desarrollo emocional del niño, pudiendo producirse un maltrato físico, como resultado de un episodio de cólera, en el que suele ser frecuente empujar, abofetear, etc.

2) Familias en las que los conflictos entre adultos se enmascaran, y uno de los progenitores abandona y maltrata su rol de padre, descuidando su deber y mostrándose incapaz de criar y atender a sus hijos. Conductas como las siguientes constituyen ejemplos de este tipo de maltrato: negligencia en la alimentación, falta de atención en la higiene, dejar que el niño juegue con objetos peligrosos, despreocupación educativa, etc.

Este progenitor que abandona puede estar buscando llamar la atención: a) del compañero, mediante una conducta inadecuada, como reproche hacia él; b) de sus propios progenitores, con un mensaje implícito del tipo: "tú no te ocupaste de mí, no me enseñaste a ser un buen/na padre/madre, ocúpate al menos de este hijo mío".

3) Familias en las cuales los hijos son utilizados activamente por los cónyuges, como armas de ataque entre ellos. Habitualmente, uno de los hijos cumple el rol de chivo expiatorio.

Las dinámicas familiares señaladas se ajustan y justifican la idea siguiente: las comunicaciones entre padres e hijos pueden dañar básicamente la competencia social de éstos y hacer más costosa su evolución. Ahora bien, sin dejar de pensar que esto es verdad, hay que tener en cuenta que la propia conducta del niño favorece o no el maltrato que va a recibir. Todos los que trabajamos con familias sabemos que en ellas, y en su maltrato, las figuras de los menores aparecen en una interacción desordenada, que afianza un tipo de circuito disfuncional en la relación familiar. Conductas como el ser desobediente, la "provocación", la falta de higiene, la negativa a aceptar los horarios y límites, la impulsividad, la hiperactividad o, por contra, la no participación, etc, aparecen en algunos de estos menores.

Todas estas aseveraciones nos conducen, en general, hacia la misma dirección: ¿quién y cómo empezó?... A nosotros no nos importa tanto definir

si el maltrato es una respuesta a la conducta del niño o si la conducta de maltrato del niño es consecuencia del maltrato de los progenitores, sino cómo acabar con ese proceso. Pero, ¿de qué manera?... Este será el reto que trataremos de resolver en el próximo apartado de este escrito, como cierre del mismo.

¿Cómo conseguir un buen trato en contrato?

“El hombre no siempre puede impedir el dolor pero sí puede convertir éste para que sea de parto y no de agonía”

Aireando la ropa y rescatando las imágenes parentales

A lo largo de nuestra experiencia profesional hemos visto personas llenas de rabia contra su pasado, con dificultades en el presente y desilusión por el futuro. Algunas de ellas dirigían esa rabia contra sí mismas y otras lo hacían al exterior, hacia determinadas personas de su entorno. Se hacían daño y hacían daño... ¿Cómo trabajar con el odio, el rencor que se acumula en el corazón de estas personas que “maltratan” y son “maltratadas”? ¿Cómo conseguir que firmen la paz con su pasado, que no se enganchen y disfruten del presente y que apuesten por un futuro? Intentaremos clarificar estas cuestiones recordando a alguna de estas personas.

En una de las sesiones de terapia individual, realizadas con una de ellas, comentaba lo siguiente (refirién-

dose a su padre): *“Quería que supiera cuánto daño me había hecho, cómo me había faltado al respeto, cómo había dañado mi disposición a dejarme querer por otras personas”... “No me fío de la gente y siempre quiero saber qué esperan a cambio”*. Fueron varias las sesiones que necesitó para airear la ropa sucia, acumulada en los cajones durante tantos años. Tras exteriorizar su dolor, en relación a las experiencias vividas, trabajamos en terapia de familia sus dificultades relacionales presentes. También pasó a formar parte de una terapia grupal, pues pensamos que en la medida en que se integraba en un grupo e iba teniendo confianza en él, sintiéndose acogida y aceptada, sus ansiedades básicas a la pérdida y al ataque disminuirían. Con este proceso terapéutico buscamos y fuimos rescatando, poco a poco, sus imágenes parentales.

En general, una de las metas que nos proponemos en la terapia es un cambio en la percepción cognitivo-afectiva del sujeto; esto es, que la persona reflexione sobre sus propios sentimientos y relaciones personales, sobre la percepción que de ellos tiene; cómo los vivencia, cómo los tiene interiorizados. Porque sólo desde la elaboración de la propia historia personal, mediante el encuentro con la familia de origen, podrá comprender de manera más neutral las diferentes interacciones existentes en su propia familia y su comportamiento (Pérez, C. y Arias, C., 1995).

Hace algunos años acudió a tratamiento una chica universitaria, muy

deprimida y con problemas de relación con los demás. En las sesiones contaba cómo, para poder estudiar, tenía que esconderse debajo de la mesa camilla del salón, por miedo a las palizas que le propinaba su padre. A lo largo de su evolución terapéutica, el odio que le tenía fue, gradualmente, desapareciendo y se transformó en aceptación de la situación experimentada. Recordamos todavía hoy, cuando lloraba de emoción recordando cómo su padre, todas las vísperas de Reyes, madrugaba para tener a punto su regalo: unas castañas asadas, recién hechas, que ella encontraba en sus zapatillas.

Construyendo una realidad, desde la comunicación, más amable para todos

Nuestra vida es como un celuloide en el que se van grabando, en proceso, diferentes imágenes desde que nacemos. Cuando nos molestamos en pasar la película tendríamos que detenernos en aquellas secuencias que se muestran veladas, para cortarlas y tirarlas; después, empalmar el resto hasta identificar, de manera amable, la producción como nuestra.

Si pudiéramos creernos que nosotros somos constructores de nuestra realidad, la construiríamos tantas veces fuera necesario. Así, si la realidad no nos pareciera aceptable, trabajaríamos para narrárnosla de otra manera hasta llegar a aquella que rotulamos como buena. Si esto pudiera crearse, no recaería sobre los demás la responsabilidad de la construcción

de nuestra realidad; seríamos personas mucho más amables con los otros y con nosotros mismos. Esto supondría apostar por esos créditos de confianza que todos poseemos en nuestro Banco interior, en lugar de convencernos que somos pobres y que lo único que hay son números rojos.

Uno de los objetivos de la terapia que practicamos es potenciar una reflexión sistémica y constructivista, que nos ayuda a ser conciliadores con nosotros y con el otro, facilitando la participación y la autonomía recíprocas, en lo que llamamos red social sana.

“En un pequeño pueblo, una mujer se llevó una gran sorpresa al ver que había llamado a su puerta un extraño, correctamente vestido, que le pedía algo de comer. “Lo siento”, dijo ella, “pero ahora mismo no tengo nada en casa”.

“No se preocupe”, dijo amablemente el extraño. “Tengo una piedra de sopa en mi cartera”; si usted me permitiera echarla en su puchero de agua hirviendo, yo haría la más exquisita sopa del mundo. Un puchero muy grande, por favor”.

A la mujer le picó la curiosidad, puso el puchero al fuego y fue a contar el secreto de la piedra de sopa a sus vecinas. Cuando el agua rompió a hervir, todo el vecindario se había reunido allí para ver a aquel extraño, y su piedra de sopa. El extraño dejó caer la piedra en el agua, luego probó una cucharada con verdadera delectación y exclamó: “¡Deliciosa! Lo único que necesita es unas cuantas patatas”.

"¡Yo tengo patatas en mi cocina", gritó una mujer. Y en pocos segundos estaba de regreso con una gran fuente de patatas peladas que fueron derechas al puchero. El extraño volvió a probar el brebaje. "¡Excelente!", dijo; y añadió pensativamente: "Si tuviéramos un poco de carne, haríamos un cocido de lo más apetitoso"...

Otra ama de casa salió zumbando y regresó con un pedazo de carne que el extraño, tras aceptarlo cortésmente, lo introdujo en el puchero. Cuando volvió a probar el caldo, puso los ojos en blanco y dijo: ¡Ah, qué sabrosa!. Si tuviéramos unas cuantas verduras, sería perfecto, absolutamente perfecto..."

Una de las vecinas fue corriendo hasta su casa y volvió con una cesta llena de cebollas y zanahorias. Después de introducir las verduras en el puchero, el extraño probó nuevamente el guiso y, con tono autoritario, dijo: "La sal". "Aquí la tiene", le dijo la dueña de la casa. A continuación dio otra orden: "Platos para todo el mundo". La gente se apresuró a ir a sus casa en busca de platos. Algunos regresaron trayendo incluso panes y frutas.

Luego se sentaron todos a disfrutar de la espléndida comida, mientras el extraño repartía abundantes raciones de su increíble sopa. Todos se sentían extrañamente felices mientras reían, charlaban y compartían por primera vez su comida. En medio del alborozo, el extraño se escabulló silenciosamente, dejando tras de sí la milagrosa piedra de sopa, que ellos podrían usar siempre que quisieran

hacer la más deliciosa sopa del mundo (De Mello, 1988).

Tomando las riendas de mi vida: reconocermé y quererme yo, para conseguir un buen trato en contrato

Reconocerse en uno es una construcción responsable, serena; supone ser nada más y nada menos que seres humanos falibles; reconocerse en la "dorada medianía" (mediocridad). Siguiendo la filosofía de A. Ellis (1990), diríamos que perseguimos que la gente llegue a aceptarse plenamente y sin condiciones, tanto si se comporta o no inteligente, correcta o competentemente, y tanto si los demás le conceden, o no, su aprobación, su respeto y su amor.

Nos gustaría cerrar este escrito con el siguiente pensamiento: ¿Qué he de hacer para amar a mi prójimo?... Deja de odiarte a ti mismo...

Bibliografía

- ANDOLFI, M. (1985) *Dimensiones de la terapia familiar*. Barcelona, Paidós.
- BOWEN, M. (1991) *De la familia al individuo: la diferenciación del sí mismo en el sistema familiar*. Barcelona, Paidós.
- CANTÓN DUARTE, J., CORTÉS ARBOLEDA, M.R. (1997) *Malos tratos y abuso sexual infantil*. Madrid, Siglo XXI.
- CIRILLO, S., DI BLASIO, P. (1991) *Niños maltratados*. Barcelona, Paidós.
- DE MELLO, A. (1991) *Un minuto para el absurdo*. Santander, Sal Terrae.
- DE MELLO, A. (1989) *La oración de la rana*. Santander, Sal Terrae.
- ELLIS, A (1990) *Manual de terapia racional-emotiva*. Bilbao, Descleé de Brouwer.
- ELKAIM, M. (1989) *Prácticas de la terapia de red*. Barcelona, Gedisa.

- ERICKSON, E. (1968) *Juventud, identidad y crisis*. Buenos Aires, Paidós.
- GRACIA FUSTER, E., MUSITU, G. (1993) *El maltrato infantil: un análisis ecológico de los factores de riesgo*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MARIAS, J. (1987) "El diálogo entre padres e hijos a lo largo de las edades", en *Relación familiar padres e hijos*. Madrid, Karpos.
- MATURANA, H. (1995) *La realidad ¿objetiva o construida?* Barcelona, Anthropos.
- NAVARRO, J., BELLEBAC, A. (1995) *Avances en terapia sistémica*. Barcelona, Paidós.
- PÉREZ DÍAZ-FLOR, C. (1994) "Reflexiones de un terapeuta de familia en el Año internacional de la Familia", en *Cuadernos de Trabajo Social*, 7 (p. 345-353). Madrid, Universidad Complutense.
- PÉREZ DÍAZ-FLOR, C., RABAR RIVERO, S. (1994) "Crisis y crecimiento: resolver en la familia", en *Symposium Europeo de Terapia Familiar*. Vitoria.
- PÉREZ DÍAZ-FLOR, C., ARIAS FERIA, C., GÓMEZ GÓMEZ, F. (1995) "Un paso más en la imagen de sí mismo. Una experiencia de trabajo en grupo", en *XXII Simposium de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo*. Gerona.
- PÉREZ DÍAZ-FLOR, C., ARIAS FERIA, C. (1995) "Redes sociales. un paso más desde el modelo familiar" en *XVI Jornadas de Terapia Familiar*. Valencia.
- ROJAS MARCOS, L. (1996) *La ciudad y sus desafíos*. Madrid, Espasa Calpe.
- SHAZER, S. de (1991) *Claves para la solución en terapia breve*. Barcelona, Paidós.
- STEVENSON, O. (comp.) (1992) *La atención al niño maltratado: política pública y práctica profesional*. Barcelona, Paidós.
- STITH, S., WILLIAM, M.B., ROSEN, K. (1992) *Psicosociología de la violencia en el hogar*. Bilbao, Descée de Brouwer.

M^a Cristina PÉREZ-DÍAZ FLOR
M^a Carmen ARIAS FERIA